Jueves 27 de Julio 78

Ame Mundial

PLAZA PUBLICA

26 de Julio en México La Revolución Cubana Sucedió Hace Diez Años

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

El 26 de julio tiene un doble significado para los ciudadanos mexicanos. Por un lado, se ha convertido en la fecha simbólica de la revolución cubana, aunque éste fenómeno, estrictamente hablando haya tenido eficacia histórica varios años después del asalto al Cuartel Moncada. De otro lado, en un día así, hace diez años, se inició un proceso político y social de manifiesta importancia para nuestra historia reciente.

No faltará quien se pregunte por qué ha de importar a los mexicanos una fecha histórica, que además tiene carácter discutible, que concierne al desarrollo de un país distinto del nuestro. Es fácil dar una respuesta a una interrogación de esta clase. Bastaría pensar en otras fechas, como el 4 y el 14 de julio. Relativas a la historia nacional de los Estados Unidos y de Francia, atañen a todos los ciudadanos del mundo. En ellas se iniciaron series de acontecimientos que repercutieron, y repercuten hoy, en muchas otras naciones. La guerra de independencia norteamericana fue la primera batalla de la época contemporánea contra el yugo colonialista. La revolución francesa significó el desplazamiento de la soberanía hacia el pueblo, creando un principio político al que hoy se rinde homenaje en todo el mundo.

No exageramos al decir que el 26 de julio ha adquirido una importancia análoga a la de aquellas. No es preciso ser partidario de la revolución socialista de Cuba para reconocer su importancia histórica. Sí es preciso, en cambio, admitir que el proceso de liberación de esa isla tiene relación con los que inexorablemente tienen que emprender el resto de las naciones latinoamericanas.

En la década de los cincuentas, el país de Castro era un típico enclave imperial. No en balde un autor norteamericano pudo escribir un libro titulado "Nuestra colonia de Cuba". Aunque no tuviera un estatuto como el de Puerto Rico, la nación antillana era un verdadero estado asociado, considerando el mejor lado de su vinculación con los Estados Unidos. Si esta relación era vista en su peor cara, mostraba a Cuba como un verdadero "patio trasero" de los Estados Unidos, asiento de toda suerte de centros de vicio y de corrupción.

A veinticinco años del frustrado asalto al Cuartel Moncada, por cuya causa fue procesado Fidel Castro, pede asegurarse que, conforme al augurio del propio dirigente cubano, la historia lo ha absuelto. No es preciso cantar loas a la revolución cubana. Sería imposible enconcontrar en ese proceso el carácter inmaculado que a veces se pretende buscar en acontecimientos sociales de esa naturaleza. La revolución cubana, que no ha sido hecha por ángeles ni por demonios, ha incurrido en la cantidad de errores que uno quiera encontrar. Pero su saldo final es positivo: ha encaminado a la sociedad cubana en su conjunto por nuevas vías de dignidad no recorridas hasta ahora por ninguna nación latinoamericana.

¿Tiee, por ello, necesariamente, que ser un modelo la revolución cubana? Por supuesto que no. Justamente una de las lecciones que se desprenden de su éxito, es que la nueva sociedad que ha de implantarse en cada territorio latinoamericano debe surgir de sus propias condiciones, de su propia historia. La imitación mecánica del modelo cubano sólo conduciría al fracaso. En cambio, considerarla sólo como un ejemplo de la posibilidad de liberación, la convierte en algo cercano, y aún propio, de los países latnoamericanos, incluido naturalmente el nuestro.

Por esta razón, grupos crecientes de mexicanos festejan el 26 de julio. Hace una década ocurrió lo mismo. Ese día salió a la calle una marcha encaminada a celebrar el acontecimiento histórico cubano-latinoamericano. Mezclado con otras circunstancias, el episodio de ese día dio pie a que surgieran inconformidades que conformaron el conjunto de acontecimientos del verano y del otoño que se conocen como "el movimiento estudiantil popular de 1968".

Ayer, una nueva manifestación recorrió algunas calles de la capital para recordar el comienzo de aquellos acontecimientos, ocurridos diez años atrás. Todavía está por hacerse el gran análisis de lo que aquellas jornadas significaron para la sociedad mexicana, pero en todos los círculos sociales y políticos de nuestro país existe certidumbre sobre por lo menos un hecho: México es hoy distinto de lo que era en 1968, año que con justeza ha sido calificado como un verdadero parteaguas de nuestra historia reciente.

En las próximas semanas, hasta culminar el dos de octubre, habrá ocasión de examinar lo que nos ocurrió como nación hace diez años. No debemos negarnos a practicar este examen. Aunque los acontecimientos nos afectan todavía muy en lo vivo, aunque puede decirse que la sangre vertida entonces está fresca todavía, más que nunca ahora es posible, y necesario, practicar una reflexión pública sobre aquel movimiento. No se trata de sacrificarlo, en convertirlo en bandera, de practicar con él una operación de taxidermista semejante a la que con frecuencia reprochamos a los autores de la historia oficial respecto de otros episodios de nuestro desarrollo nacional.

Si es preciso iniciar, a contar de este 26 de julio, el examen de lo que sucedió hace diez años, no es para regodearnos en las neurosis y los rencores, o en el triunfalismo, sino para aprender de lo que nos pasó entonces la manera de enfrentar los problemas que hoy nos atormentan.